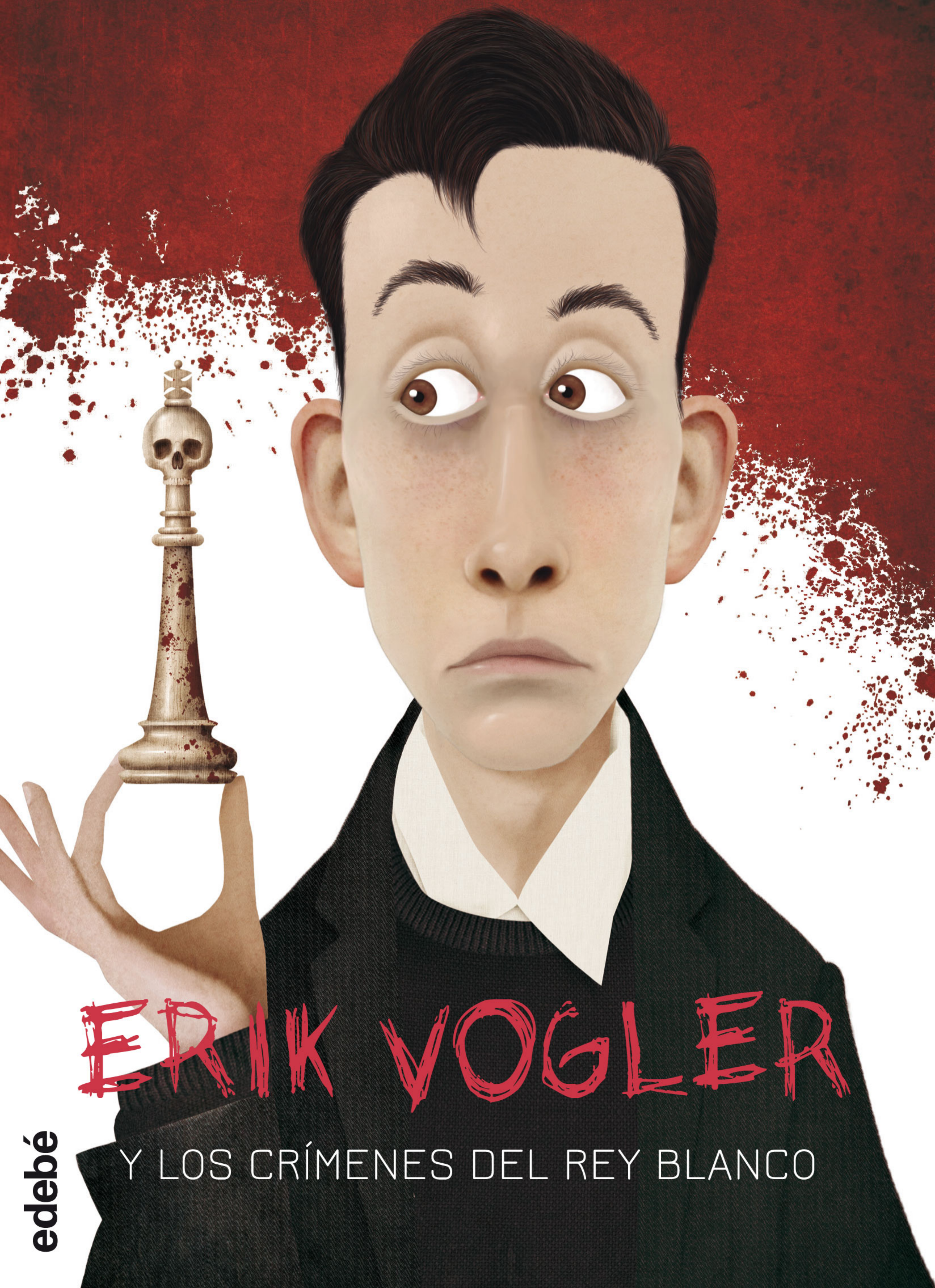


BEATRIZ OSÉS



ERIK VOGLER

Y LOS CRÍMENES DEL REY BLANCO

edebé

ERIK VOGLER

Y LOS CRÍMENES DEL REY BLANCO



ERIK VOGLER

Y LOS CRÍMENES DEL REY BLANCO



BEATRIZ OSÉS

edebé

© Beatriz Osés García, 2014
© de la edición: Edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.net

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

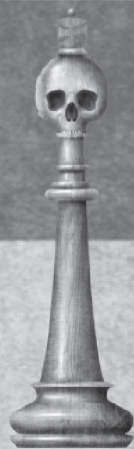
Diseño de la colección: BOOK & LOOK
Ilustración de portada: Iban Barrenetxea

Primera edición: septiembre 2014

ISBN 978-84-683-1284-2
Depósito Legal: B.
Printed in Spain

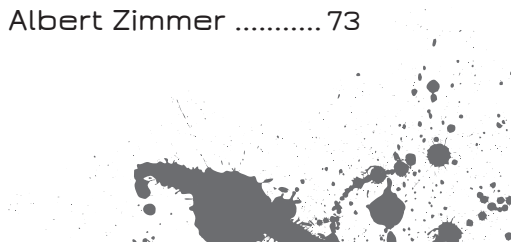
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).


A mi padre.



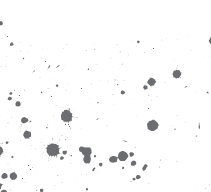
ÍNDICE

Capítulo I. El billete equivocado	11
Capítulo II. Lejos de Nueva York	15
Capítulo III. En el balcón	19
Capítulo IV. La fotografía del periódico	25
Capítulo V. Un fantasma en los talones	29
Capítulo VI. La pieza de ajedrez	35
Capítulo VII. El disco de Schubert	39
Capítulo VIII. Un vecino peculiar	43
Capítulo IX. Jaque mate	47
Capítulo X. La pesadilla	53
Capítulo XI. Algo en común	59
Capítulo XII. Una inquietante sorpresa	63
Capítulo XIII. La primera víctima	67
Capítulo XIV. La sonrisa de Albert Zimmer	73

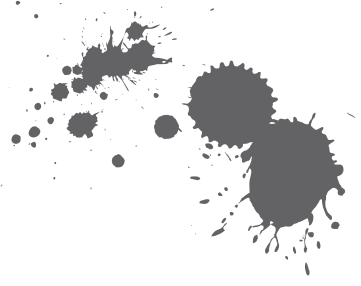




Capítulo XV. Noche de insomnio	77
Capítulo XVI. La decisión de Eric	83
Capítulo XVII. El autobús de Bremen	87
Capítulo XVIII. Las llaves perdidas	91
Capítulo XIX. Una desagradable sorpresa	95
Capítulo XX. El rey blanco	103
Capítulo XXI. El enfado de Berta Vogler	109
Capítulo XXII. En la oscuridad	115
Capítulo XXIII. Cada vez más cerca	119
Capítulo XXIV. El último cerrojo	125
Capítulo XXV. Buscando a Erik	129
Capítulo XXVI. A solas con el señor Adler	133
Capítulo XXVII. De vuelta a casa	139







Capítulo I

El billete equivocado

Erik Vogler no podía sospechar lo que iba a ocurrir aquella noche. Se había pasado varias horas preparando su equipaje. Ordenó sus calcetines de lana virgen por colores, las chaquetas según el grosor y varios pantalones teniendo en cuenta su antigüedad. Después colocó, en uno de los laterales de la maleta, un diminuto costurero de viaje junto con un estuche de piel, en el que había todo lo necesario para abrillantar sus zapatos. Sobre la cama, aguardaban dos cinturones perfectamente enrollados, varias camisas de seda y una bolsa de asco. Durante unos instantes, Erik contempló su obra con orgullo. Pero, mientras doblaba los calzoncillos recién planchados, alguien llamó a su habitación.

—Humm..., ¿se puede? —titubeó su padre asomando la cabeza por la puerta del dormitorio.

—Sí, pasa, pasa —contestó Erik invitándole a entrar—. Todavía no he terminado.

—¿Qué tal vas? —preguntó con timidez.

—Ya me falta poco. Pero me gustaría organizar las camisas por orden alfabético.

—¿Por orden alfabético?

—Sí, según la marca del fabricante o por el tejido. Aún

no lo tengo muy claro. Por cierto, ¿te has informado de qué temperatura hará mañana en Nueva York?

—De eso quería hablarte, hijo... Verás, ha surgido un pequeño contratiempo con el viaje.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven cerrando una de las cremalleras del interior de la maleta.

—Verás..., ¿recuerdas que saqué los billetes de avión por Internet hace un par de meses?

Erik asintió con la cabeza mientras se sentaba en una de las butacas de la habitación. Esa noche llevaba un pijama de cuadros escoceses y unas pantuflas a juego que le había regalado su tío en uno de sus viajes a Edimburgo. Miró a su padre en silencio. No adivinaba adónde quería llegar con aquella pregunta. Frank Vogler cruzó sus brazos sobre el pecho, tragó saliva y dudó un momento. Después, aclaró su garganta y tomó aire.

—Pues... me equivoqué con las fechas cuando hice la compra —soltó de golpe mirándole a los ojos.

No podía ser cierto. Debía de tratarse de una broma de muy mal gusto, cruel. Pero Frank Vogler asintió con la cabeza ante la expresión interrogante de su hijo. Entonces, el joven dejó caer al suelo la bufanda de cachemir que sostenía entre sus manos.

—¿Cómo? —se atrevió a preguntar, y sintió que su pulso empezaba a acelerarse.

—Los compré, por error, para el mes pasado. Debí de confundirme al seleccionar las fechas y me he dado cuenta esta mañana al imprimirlos —confirmó su padre después de morderse el labio inferior como hacía cada vez que tenía que dar una mala noticia.

—No puede ser, no puede ser... —repitió Erik en voz baja intentando contener sus nervios.

—Así que me he pasado toda la tarde buscando otros bi-

lletes. Pero solo he podido conseguir una plaza libre en nuestro vuelo –se lamentó Frank Vogler.

–No te entiendo.

–Quedaba un único asiento –repitió su padre.

–¿Y?

–Lo compré para mí –confesó avergonzado.

–Bueno, no pasa nada, podría tomar el siguiente vuelo –sugirió intentando no parecer desesperado– y nos encontraríamos en el aeropuerto de Nueva York, o podría tomar un taxi que me llevara hasta el hotel. Seguro que hay alguna solución.

–No la hay –le interrumpió su padre.

–...Voy a consultar los horarios en Internet y buscaré otro billete ahora mismo. No me importa viajar en clase turista si es necesario –añadió con un hilo de esperanza.

–Erik, no lo comprendes, mañana empiezan las vacaciones y, por desgracia, todos los vuelos están completos. Ya lo he comprobado varias veces y no queda ninguna plaza. Es demasiado tarde. Me temo que esta vez no podrás venir conmigo a Nueva York.

–...Pero, ¿qué estás diciendo? –preguntó desconcertado mientras se levantaba, como un resorte, de la butaca.

–No te preocupes, hijo, ya habrá otra ocasión, te lo prometo –trató de consolarlo–. Lo siento mucho.

–¡¡¡Lo sabía!!! ¡¡¡Te lo dije!!! –gritó histérico–. ¡Los debía haber sacado yooo! Tenía ya TODO calculado, papá, había apuntado en mi agenda diferentes recorridos que podíamos hacer por la ciudad, una lista de restaurantes y museos recomendados, me sé de memoria las principales estaciones de metro de Nueva York... ¡Y mira, mira! –dijo abriendo con furia algo que parecía un mapa turístico y desplegándolo delante de sus narices–. También había numerado los monumentos de la ciudad según su fecha de construcción

para organizar nuestra visita. ¡Lo había planificado al milímetro! ¿Qué va a pasar ahora, eh? ¿Me lo puedes decir? ¿Qué se supone que voy a hacer durante mis vacaciones de Semana Santa? ¿Me dejarás aquí solo en Bremen?

—No. Te vas a quedar con la abuela —contestó.

—¿Estás hablando en serio?

—Irás a Grasberg hasta que yo regrese —sentenció su padre.

Erik Vogler se desmayó allí mismo, sobre la alfombra árabe que le trajo su tío de Marruecos. En su mano sostenía el mapa de Nueva York en el que había trabajado durante mucho tiempo. Cuando despertó en mitad de la noche, estaba tendido en su cama, bajo su edredón nórdico, cubierto por un sudor frío y con el corazón destrozado. Eran las cuatro de la madrugada y ya no volvió a conciliar el sueño hasta que amaneció.



Capítulo II

Lejos de Nueva York

Cuando Erik entró en el coche de su padre para dirigirse a casa de su abuela, en lugar de a Nueva York, supo que su pesadilla había comenzado. Frank Vogler lo observaba por el rabillo del ojo, a través del espejo retrovisor. El chico llevaba el pelo engominado, con raya al lado, brillante y oscuro. Se había creado un enorme silencio entre ellos, que solo rompían las gotas de lluvia sobre los cristales. Salieron de la ciudad muy temprano.

Frank notaba, de vez en cuando, la mirada desafiante de su hijo y se sentía culpable. Era consciente de que tardaría mucho en perdonarle. Así que, para apartarse de aquellos pensamientos, sintonizó la radio buscando las noticias de aquella mañana de abril.

—Ha sido hallada muerta la joven desaparecida la semana pasada en el distrito norte de Bremen —informaba una voz masculina—. El cadáver fue encontrado hace menos de una hora, en un parque a las afueras de la ciudad de Hamburgo. Por el momento, la policía no tiene ningún sospechoso del crimen. El inspector Gerber, encargado del caso, no ha querido hacer declaraciones ante los rumores que relacionan este asesinato con los de otros dos jóvenes desaparecidos en Bremen en los últimos meses.